Volaban los años, y yo vanamente
Buscando seguía mi hermosa visión...
Mas dió al fin la hora; brillar ví tu frente,
Y *es él*, dijo al punto mi fiel corazón.
Porque era, no hay duda, tu imagen querida,
Que el alma inspirada logró adivinar,
Aquélla que en alba feliz de mi vida
Miré, para nunca poderla olvidar.
Por tí fué mi dulce suspiro primero;
Por tí mi constante, secreto anhelar...
Y en balde el destino, mostrándose fiero,
Tendió entre nosotros las olas del mar.

No hay nada más bello, más sencillo y candoroso de expresión y de sentido, más lleno de verdadera pasión, que los versos en que muestra después la poetisa la timidez de la doncella, su recelo, su desconfianza del bien que pueda traerle el objeto amado, y la devoción y el dulce abandono con que, á pesar de todo, le entrega su alma:

Mas ¡ay! yo en mi patria conozco serpiente
Que ejerce en las aves terrible poder...
Las mira, les lanza su soplo atrayente,
Y al punto en sus fauces las hace caer.
¿Y quién no ha mirado gentil mariposa
Siguiendo la llama que la ha de abrasar?
¿Ó quién á la fuente no vió presurosa
Correr á perderse sin nombre en el mar?
¡Poder que me arrastras! ¿Serás tú mi llama?
¿Serás mi Oceano? ¿Mi sierpe serás?...
¿Qué importa? Mi pecho te acepta y te ama,
Ya vida, ya muerte le aguarde detrás.

Á la hoja que el viento potente arrebata,
¿De qué le sirviera su rumbo inquirir?...
Ya la alce á las nubes, ya al cieno la abata,
Volando, volando lo habrá de seguir.

Si al entregar así el corazón y la existencia al sér amado, siente y expresa tan dulcemente nuestra poetisa los más blandos afectos, imitando á Safo, traduciendo el famoso fragmento de aquella oda, que el maestro de la gran Reina de Palmira presentaba como cumplido dechado del estilo sublime, pinta aún con más vivos y ardientes colores el deleite de poseer al que adora el alma, y la emoción, y la turbación, y el desmayo, más grato que la vida, de que goza estando á su lado:

Ante mis ojos desparece el mundo,
Y por mis venas circular ligero
El fuego siento del amor profundo.
Trémula, en vano resistirte quiero...
De ardiente llanto mi mejilla inundo,
¡Deliro, gozo, te bendigo y muero!

La señora de Avellaneda ha querido, por último, pintarnos el paso más doloroso y terrible de la pasión de amor, y nos le ha pintado superándose á sí misma y dejándonos entrever, mejor que Ovidio, Lamartine y Leopardi, que han tocado este asunto, la tempestad que agitaría el pecho de la desdeñada de Faón al dar el salto de Léucades. Varias son las composiciones en las poesías líricas de la señora de Avellaneda que están inspiradas

por este sentimiento. Todas ellas pueden colocarse entre las mejores; pero la que á mi ver descuella sobre las demás es la que lleva por título *Amor y orgullo*. La hermosa María, olvidada de su ingrato amante, lamenta su humillación y aun ama al que la ha causado. No podemos menos de transcribir aquí algunos de sus sentidos ayes; la hermosa María exclama, hablando con su corazón:

¿Qué esperaste, ¡ay de tí! de un pecho helado
De necio orgullo y presunción hinchado,
De víboras nutrido?
Tú, que anhelabas tan sublime objeto,
¿Cómo al capricho de un mortal sujeto
Te arrastras abatido?
¿Con qué velo tu amor cubrió mis ojos,
Que por flores tomé duros abrojos
Y por oro la arcilla?...
¡Del torpe engaño mis rivales ríen,
Y mis amantes ¡ay! tal vez se engríen
Del yugo que me humilla!
¿Y tú lo sufres, corazón cobarde?
¿Y de tu servidumbre haciendo alarde,
Quieres ver en mi frente
El sello del amor que te devora?
¡Ah! velo, pues, y búrlese en buen hora
De mi baldón la gente.
¡Salga del pecho, requemando el labio,
El caro nombre, de mi orgullo agravio,
De mi dolor sustento!...
¿Escrito no lo ves en las estrellas

Y en la luna apacible, que con ellas
Alumbra el firmamento?
¿No lo oyes, de las auras al murmullo?
¿No le pronuncia, en gemidor arrullo,
La tórtola amorosa?
¿No resuena en los árboles, que el viento
Halaga con pausado movimiento
En esa selva hojosa?
De aquella fuente entre las claras linfas
¿No le articulan invisibles ninfas
Con eco lisonjero?...
¿Por qué callar el nombre que te inflama,
Si aun el silencio tiene voz, que aclama
Ese nombre que quiero?...
Nombre que un alma lleva por despojo;
Nombre que excita con placer enojo,
Y con ira ternura;
Nombre más dulce que el primer cariño
De joven madre al inocente niño,
Copia de su hermosura.
Y más amargo que el adiós postrero
Que al suelo damos donde el sol primero
Alumbró nuestra vida;
Nombre que halaga, y halagando mata;
Nombre que hiere, como sierpe ingrata
Al pecho que le anida.

Hay otra clase de poesía lírica en la que también se da prueba de exquisita sensibilidad y de imaginación creadora: la que describe la naturaleza exterior y los sentimientos é ideas que infunde en el alma. Esta clase de poesía, que pinta el mar,

la noche, la aurora, las estrellas, los bosques y las flores, corresponde al paisaje en pintura; y, según algunos críticos, era poco conocida y cultivada de los antiguos clásicos. Sea como sea, pues no nos incumbe dilucidar aquí la cuestión, no puedo menos de dar por cierto que la poesía descriptiva suele ser brillante en España, por la pompa y sonoridad del lenguaje, por la abundancia de imágenes y epítetos y por los raptos de la fantasía; pero casi siempre se funda en muy somera observación y en muy poco detenida y reposada contemplación de la naturaleza: así es que peca de falsa, de fría, de amanerada ó vaga. Claro está que el poeta que describe los cielos no es menester que sea astrónomo; ni botánico el que habla de hierbas, plantas y árboles; ni ornitólogo el que encomia el canto del ruiseñor, el plumaje del colibrí, la majestad airosa con que el cisne va nadando, ó la amorosa languidez con que arrulla la tórtola. Pero, verdaderamente, si el poeta no sale nunca de las calles y tertulias de Madrid; si no ve más campo que la Fuente Castellana; si no acierta á distinguir en el cielo una estrella de otra; si no puede notar la diferencia que hay entre un olivo y un almendro, entre un algarrobo y una encina, entre un campo sembrado de trigo y otro de habas, todo lo cual, con perdón sea dicho, acontece con frecuencia á nuestros poetas descriptivos; las descripciones de éstos no podrán menos de ser, como son en verdad, muy bonitas y relucientes, pero más parecidas al fantástico y caprichoso paisaje de un abanico chinesco que á un buen cuadro de Haes. No

digo yo que lleguen alguna vez á lo que se cuenta de la descripción que hizo del mar cierta poetisa británica, con cangrejos muy colorados, conforme los había visto cocidos en la mesa; pero á veces se aproximan á este modelo, prefiriendo yo entonces la exactitud minuciosa y chistosamente prosáica del *Observatorio rústico* de D. Gregorio de Salas.

La Avellaneda posee, sin duda, en alto grado el talento descriptivo; comprende además y siente la hermosura de la naturaleza; pero, fuerza es confesarlo, participa de esa desidia de que hemos hablado, y la ha observado y contemplado poco. Hay primor, hay sentimiento en sus descripciones; pero ¿cómo negar que hay generalidad y vaguedad en ellas? Su hermosa patria, la perla de las Antillas, con sus bosques frondosos, con sus campos fértiles, con su riquísimo suelo esmaltado de odorantes flores y de perenne verdura, no le ha merecido que nos haga de ella un fiel y bello retrato. Fuera de seis ó siete nombres de plantas ó de pájaros, que se dan en aquella región de entre trópicos, poco ó ningún color local hay en las ligeras pinturas que nos hace de su país la Avellaneda. Casi nunca sale de la generalidad y de la vaguedad. Entiéndase que no exigimos que se traslade á los versos la prolija enumeración de las producciones de un país, ni que se describan su flora y su fauna; pero hay ó debe haber, en la obra del poeta descriptivo, ciertos toques y pinceladas, por donde se percibe que ha estudiado bien su objeto, que le ha contemplado, amado y

comprendido; y rara vez notamos estos toques y pinceladas en nuestra poetisa. Lo que ella siente, ama y comprende es la naturaleza en su conjunto; y sobre este conjunto vago, por el cual discurren sus ojos y su espíritu distraídos, borda, esmalta y salpica los pormenores fantásticos, adornándolo todo con las galas orientales de las palabras y de las frases más escogidas y melodiosas. En todo esto se parece á Zorrilla, de quien, en dos composiciones que le dedica, se declara, no sin razón, hermana por el genio. Ocioso sería añadir, si no temiese yo que mis palabras se interpretasen mal, que, con decir que la Avellaneda se parece á Zorrilla en las descripciones, dejo sobrentender que estas descripciones son lindísimas y ricas de imaginación; y, por más que pequen algo por los defectos ya mencionados, se leen con verdadero encanto, abundando en casi todas sus obras, y siendo el fondo principal de las siguientes: *Al mar*, *Á una mariposa*, *Á vista del Niágara*, *Á un cocuyo*, *Paseo por el Betis*, *Á una tórtola*, *La primavera*, *La pesca en el mar*, *Á una acacia*. Aumentan el precio y prestan singular hechizo á estas composiciones, la abundancia, el primor y la galanura del lenguaje poético y castizo, en el que es gran maestra la Avellaneda, y asimismo su destreza, facilidad y gracia en la versificación, en lo cual suministra ya ejemplos y muestras perfectísimas á los preceptistas. No hay metro extraño que no emplee la Avellaneda, siempre con atrevimiento dichoso, y el Sr. Coll y Vehí, en sus *Diálogos literarios*, que

son un excelente tratado de metrificación, la cita á menudo con los mayores encomios. Á pesar de esta perfección en el metro, y á pesar de que la Avellaneda usa un estilo poético, sostenido y noble, sin humillarle nunca á lo vulgar y prosáico, sus versos corren siempre fáciles y limpios, como arroyo cristalino, y ni hay en ellos afectación de arcaísmo, ni trasposiciones violentas, ni obscuridad, ni confusión.

Este talento de versificadora consumada hace que hasta aquellas composiciones, que no están inspiradas, ni pueden estarlo, sino escritas por compromiso, ó cediendo á la benevolencia, á la amistad ó al deseo de complacer y lisonjear á alguna persona, sean de agradable lectura en la colección de la señora de Avellaneda. Á este orden de composiciones pertenecen las escritas para algún álbum, y las dedicadas á la Reina ó á la Infanta.

El conocimiento y amor del arte, la maestría con que maneja nuestro idioma, lo bien que sabe disponer de todos sus recursos, y la alta capacidad estética con que percibe, aprecia y se asimila toda belleza literaria, hacen además á nuestra poetisa en extremo apta para traducir al español, de un modo excelente, las obras de cualquier poeta extranjero. De ello ha dado pruebas en las bellas traducciones de Víctor Hugo, Lamartine, Parny y Byron, con que adorna su libro. Sin dejar de desear y de aconsejar á la señora Avellaneda que siga enriqueciendo nuestra literatura con poesías originales, no podemos menos de desear

y de aconsejarle también que la enriquezca y hermosee, trasplantando al verjel de nuestra poesía nacional las peregrinas flores de otras literaturas, y singularmente de la inglesa, que es tan rica y que conocemos tan poco.

El alma de la señora de Avellaneda, capaz de todos los afectos sublimes y de todas las grandes pasiones, se ha inspirado con frecuencia en el amor de la misma poesía, y ha creado bellísimas composiciones en alabanza de este arte divino, ponderando su influjo en las almas, sus excelencias y su gloria. Son de este género las odas ó canciones á Quintana, á Pastor Díaz, á Heredia *Á la poesía* y *Al genio poético.*

No diré yo que faltan en la lira de la Avellaneda, pero sí que tienen poca resonancia las cuerdas del patriotismo, del amor á la libertad y de la filantropía; esto es, del amor á la humanidad por ella misma, y no por el amor de Dios, que es la caridad cristiana. Tal vez estas pasiones y estos sentimientos sean más varoniles que femeninos. Lo cierto es que la voz de la patria, la de la santa libertad y la del ferviente anhelo de encaminar á mejor término á la humana especie, hallan débil eco en el por otra parte apasionado y gran corazón de la poetisa. De aquí que sus versos, acaeciéndoles en esto lo mismo que á los de la mayor parte de los poetas del día, sean más bien una conversación interior, un soliloquio, ó á lo más una confidencia á un amigo, que una arenga, una amonestación, una alta enseñanza dirigida á las muchedumbres; como eran, en lo antiguo, los

cantos de Píndaro, Corina y Tirteo, y han sido, en nuestra edad, los de Schiller, Manzoni y Quintana.

Tal vez la influencia del cristianismo no ha sido favorable en la mujer al desarrollo de ciertas calidades activas, de ciertas brillantes energías del alma. La modestia, el recogimiento, la resignación, la sumisión, el sacrificio y la humildad son las virtudes que el cristianismo infunde más en el alma de la mujeres. Todo esto es contrario, hasta cierto punto, al papel de filósofas y de maestras de las gentes. El consejo de la primera mujer trajo al mundo la muerte y el pecado. ¿Cómo ha de atreverse una mujer humildemente cristiana á aconsejar y á enseñar á las muchedumbres? Nuestra religión le baja el orgullo y la somete al hombre. Si una mujer nos salvó de la muerte y del pecado, no fué con sabiduría, ni con enseñanzas, ni con energías briosas de la inteligencia, sino con humilde conformidad y muda obediencia á los divinos decretos. Todas en ella fueron virtudes pasivas. Llevó en su seno al Salvador; le crió á sus pechos; lloró su muerte al pie de la Cruz. El tipo ideal de la mujer cristiana es la Virgen y la Madre dolorosa. La manifestación real de la mujer cristiana, en la vida, es la esposa retirada, cuidando de su casa y de sus hijos, afanada en las labores y cuidados domésticos; la virgen asceta, solitaria y silenciosa, y la hermana de la caridad, consagrada al alivio de nuestros males y miserias. Cuando el hombre, en las épocas de gran fe cristiana, ha levantado á la mujer sobre un pedestal deslum-

brante de gloria, y le ha tributado adoración y culto, ha sido como imagen transfigurada de aquellas humildes virtudes, ó como una alegoría, un símbolo ó una idea, ya de la filosofía, ya de la misma religión, ya de la hermosura. El hombre la ha humillado hasta hacer de ella su sierva, ó la ha encumbrado hasta hacer de ella una deidad; pero no ha sabido hacer de ella una compañera, una igual, un sujeto merecedor de toda su confianza.

De aquí, sin duda, el que hubiese tantas y tan notables poetisas y filósofas en la antigua Grecia, y el que proporcionalmente no las haya habido en la moderna Europa, sino en aquellas sociedades que se han apartado un poco de la verdadera fe y se han vuelto á impregnar de espíritu pagano. Salvo la gloriosa aparición de nuestra gran santa y doctora, no presenta la civilización moderna, desde Hipatia hasta el día, tres mujeres comparables á nuestras contemporáneas Jorge Sand, Mme. Staël y Mme. Varnhagen. Hasta el miedo de caer en ridículo, hasta la nota de marisabidillas con que los hombres las hemos perseguido siempre, ha helado la inspiración y el amor á la poesía y á la ciencia en muchos corazones femeninos. No es, pues, de extrañar que en España, país eminentemente católico, y donde además no han escaseado nunca las burlas y el escarnio implacable contra las mujeres doctas y licurgas, falten algunas cuerdas á la lira de la Avellaneda.

Aún nos queda que hablar de una: de la que ella cree más sonora y más rica en melodía; de la

que ella ha pulsado con más confianza y con más amor, desde que empezó á cantar; de la cuerda religiosa. Siendo nuestra poetisa profundamente creyente, y estando dotada, como lo está, de los más vivos afectos, no cabe duda de que sus mejores poesías serían sus poesías sagradas, si el temor y el respeto no prevaleciesen en ella sobre el amor divino, y viniesen como á cortarle las alas. Sus poesías sagradas son devotas; pero no llegan á ser místicas, no por falta de fervor y de rapto, sino por timidez humilde. La Avellaneda, considerándose como un sér débil, desvalido y pecador, busca á Dios para que la ampare, para que la defienda, para que la proteja y la salve; pero no le envía sus suspiros de amor; no vuela á Él con toda el alma; no tiende el vuelo su espíritu para unirse á Dios estrechamente y como perderse y aniquilarse en Él, en aquella unión íntima que describen con palabras de fuego, que pintan y esmaltan con ardientes é inextinguibles llamas San Juan de la Cruz y Santa Teresa.

La Avellaneda, en cambio, se ha apoderado del estilo de los bíblicos cantores, de las galas y pompa oriental de los Salmos, y acierta á pintar, como nadie pintó nunca en nuestra hermosa y robusta lengua castellana, la terrible majestad y la fortaleza omnipotente del Dios de los ejércitos, defensor y vengador de sus amigos:

Llegó mi grito al cielo,
Aunque de alzarse á tal altura indigno...

Llegó mi grito al Dios de mi consuelo,
Que lo escuchó benigno.
Lo escuchó; vió mi afrenta
Desde la majestad de su almo trono,
Y de prolijos males le dí cuenta,
Gimiendo en mi abandono.
Protector de mi vida
Se hizo al punto mi Dios; se alzó indignado,
Y yo el alma sentí fortalecida
Por su soplo sagrado.
Bajo sus pies las nubes
Se desplegaron, cual alfombra inmensa,
Y en alas de los fúlgidos querubes
Descendió á mi defensa.
¡Cuál al mirar su saña
Tembló medrosa la terrestre esfera,
Rodando de su asiento la montaña
Como líquida cera!...
¡Cuál volvió las espaldas
Mi enemigo cruel de espanto lleno!...
Mas, como niño á las maternas faldas,
Yo me acogí á su seno.

Embebida la Avellaneda en la lectura del *Salterio*, del *Libro de Job* y de los *Evangelios*, ha escrito y publicado, en la colección que examinamos, otras muchas poesías religiosas, donde describe con no menos belleza y grandilocuencia la fuerza, el poder y la gloria de Dios, y su bondad para con los hombres. Sus odas ó himnos *Á la Ascensión*, *Á la Resurrección*, *Al Espíritu Santo*, *El Te-Deum*, *El Miserere*, *La Cruz*, etc., son

trabajos muy estimables, ricos de estilo, de bellezas de dicción y de conocimiento elevado del asunto.

Sólo ya en sus últimas composiciones empieza á tocar la Avellaneda en el verdadero misticismo. Confieso que, por amor al arte y por amor á la gloria de esta ilustre amiga mía, deseo que penetre más en él. El misticismo abriría en su corazón, á no dudarlo, una nueva, caudalosa y limpia vena de magnífica y sublime poesía. Así como la frescura del suelo y algunas hierbas y florecillas silvestres suelen dar indicio del oculto manantial, así en algunas composiciones de la Avellaneda se prevé, se presiente ya este misticismo futuro, y las encantadas flores que han de germinar y nacer con su riego saludable.

Casi en las últimas páginas del tomo está la *Dedicación de la lira á Dios*. En estos versos se columbra ya el misticismo naciente. Dios y el alma se dirían que empiezan á compenetrarse. La poetisa empieza á estar de veras herida del divino amor. Aún no se cree unida con Dios; pero le siente cerca de su alma, en intimidad misteriosa. Aún no llega el espíritu mortal á estrecharse y unimismarse con lo infinito y eterno; pero ya le manda, en oración jaculatoria, su anhelo de unión.

Soy un gusano del suelo
Cuyo anhelo
Se alza á tu eterna beldad;
Soy una sombra que pasa,
Mas se abrasa
Ardiendo en sed de verdad.

Soy hoja que el viento lleva,
Pero eleva
Á Tí un susurro de amor...
Soy una vida prestada,
Que en su nada
Tu infinito ama, Señor.
Soy un perenne deseo
Y en Tí veo
Mi objeto digno, inmortal;
Soy una inquieta esperanza
Que en Tí alcanza
Su complemento final.

Ya aquí se nota algo más que la mera devoción, algo más que el rezo humilde del pecador penitente ó del fervoroso católico; ya aquí pugna el alma por aniquilarse, por perder los sentidos y las potencias, para estrecharse y confundirse con su mismo Hacedor infinito, único objeto digno de ella.

¡Y Tú, que este anhelar del alma entiendes,
Y en quien su alta ambición reposo alcanza,
Hoy, que en sublime fe mi pecho enciendes,
Préstale alas de fuego á mi esperanza!

Esto ya es misticismo y puro amor divino. Á este período que comienza, ha precedido sin duda otro período de lenta elaboración ó fermentación, permítasenos la frase, de los elementos místicos en el corazón de la autora. En la poesía titulada *Soledad del alma* es donde se advierte más este interno trabajo, este dolor que acompaña al brotar

de las nuevas alas con que el alma, abandonada y desengañada ya de todo lo terreno, quiere volar al empíreo. Elocuentemente expresa la poetisa esta situación del espíritu:

La flor delicada, que apenas existe una aurora,
Tal vez largo tiempo al ambiente le deja su olor...
Mas ¡ay! que del alma las flores, que un día atesora,
Muriendo marchitas no dejan perfume enredor.
La luz esplendente del astro fecundo del día,
Se apaga, y sus huellas aún forman hermoso arrebol...
Mas ¡ay! cuando al alma le llega su noche sombría,
¿Qué guarda del fuego sagrado que ha sido su sol?
Se rompe, gastada, la cuerda del arpa armoniosa,
Y aun su eco difunde en los aires fugaz vibración...
Mas todo es silencio profundo, de muerte espantosa,
Si da un pecho amante el postrero tristísimo son.

Más adelante añade la poetisa, persistiendo en la misma melancólica meditación:

¡Ah! Nada: ni noche, ni aurora, ni tarde indecisa
Cambian del alma desierta la lúgubre faz...
Á ella no llegan crepúsculo, aroma, ni brisa...
Á ella no brindan las sombras ensueños de paz.
Vista los campos de flores gentil primavera,
Doren las mieses los besos del cielo estival,
Pámpanos ornen de otoño la faz placentera,
Lance el invierno brumoso su aliento glacial,
Siempre perdidas, vagando en su estéril desierto,
Siempre abrumadas del peso de vil nulidad,
Gimen las almas do el fuego de amor está muerto...
Nada hay que pueble ó anime su gran soledad.

No, no: el fuego de amor no está muerto en el alma de la poetisa, y ha de volver á encenderse más puro y más luciente y más ardoroso que nunca al contacto y contemplación de las cosas divinas; su gran soledad volverá á poblarse de más bellos fantasmas; su sol volverá á lucir y á iluminarla interiormente, y su lira volverá á sonar con más poderosas vibraciones. Entonces podrá decir con el santo y elocuente amigo de Teresa de Jesús:

¡Cuán dulce y amoroso
Recuerdas en mi seno,
Donde secretamente sólo moras;
Y en tu aspirar sabroso,
De bien y gloria lleno,
Cuán delicadamente me enamoras!

Una mente y un corazón como los que posee la señora de Avellaneda no decaen, ni se agostan, ni se marchitan, aunque pase la juventud del cuerpo, aunque se acabe la primavera de la vida. Antes bien se educan, se mejoran, se perfeccionan y se hermosean, creciendo todas sus facultades con progreso é incremento infinitos, y depurándose y santificándose todas sus aspiraciones y pensamientos.

La señora de Avellaneda, estamos persuadidos de ello, seguirá siendo poetisa lírica con más alta inspiración. Tal vez un respeto extremado á la letra inmutable de sus creencias positivas la tiene encadenada aún, y no la deja alzarse y volar á un misticismo exento de cadenas tradicionales, y en consonancia con el maravilloso desenvolvi-

miento metafísico del siglo en que vivimos. Tal vez ideas y concepto, hondamente arraigados en su mente desde la infancia, no la dejan oir y aceptar el consejo del gran místico y poeta alemán Novalis: «Lo que se dice de Dios no me satisface; lo que está por cima de Dios es mi vida y mi luz.» Pero como quiera que ello sea, y aunque la señora de Avellaneda muriese para la poesía, y no volviese á dar muestra de sí en nuevas composiciones, bastan las que ha escrito, y que rápida y someramente hemos estudiado y juzgado, para reconocer en ella, no sólo á una poetisa lírica sin par entre las españolas, sino á uno de nuestros más notables, valientes é inspirados poetas líricos de la presente edad.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO